



**POR HUMBERTO
BLIZZARD**
 @BETOBLIZZARD

Gobernar en la tormenta

El huracán no vino del norte. No fue Trump ni sus amenazas de aranceles ni su retórica incendiaria. La verdadera tormenta

—la más persistente, la más difícil de maniobrar— llegó desde dentro. Claudia Sheinbaum ya acumula más de medio año en la presidencia, y aunque logró sortear los primeros embates externos, ahora enfrenta una secuencia de conflictos internos que no solo desgastan su imagen, sino que tensionan el proyecto de continuidad que prometió encabezar.

Afuera, el ambiente se calma. Washington ya no empuja con sanciones. La Casa Blanca, aún bajo el trumpismo recargado, ha guardado silencios que antes eran imposibles. Pero adentro, en la trastienda nacional, los vientos se arremolinan. Lo que parecía una temporada tranquila con mayoría legislativa y respaldo popular empieza a revelar fisuras estructurales que ningún discurso puede ocultar.

Un aviso, de gran calado, llegó el 15 de mayo. Mientras el país celebraba el Día del Maestro, la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) se declaraba en huelga indefinida. No solo exigían un aumento salarial —el 9% anunciado por el gobierno fue rechazado de forma tajante—, sino la derogación total de la Ley del ISSSTE de 2007, una exigencia que arrastran desde tres sexenios.

Los bloqueos han paralizado tramos clave en la capital. Las marchas no se detienen. Y el diálogo no avanza.

La narrativa de la "revolución de las conciencias", que tanto sirvió para aglutinar demandas sociales durante el obra-

dorismo, ahora choca con un nuevo poder que, aunque venga de la misma matriz, no logra el mismo control de los afectos. Para los sectores más duros del magisterio, la presidenta no representa una continuidad legítima, sino una figura distante, técnica, incluso ajena.

El segundo foco rojo se encendió en el sistema de salud. En abril, Sheinbaum prometió que el desabasto de medicamentos estaría resuelto entre abril y mayo. Mayo está por terminar. Y el problema no solo persiste, sino parece agravarse en entidades como Guerrero, Chiapas, Oaxaca o el Estado de México.

Las farmacéuticas que ganaron las licitaciones incumplieron entregas. Los sistemas estatales siguen reportando faltantes. Los hospitales, lejos de avanzar, retroceden a viejas prácticas: compras emergentes, donativos, farmacias comunitarias que suplen al Estado. El gobierno acusa rezagos heredados. Pero el tiempo para culpar al pasado ya empieza a agotarse.

Lo más grave es que esta promesa no es nueva. Obrador también la hizo, la incumplió y por ello no solo heredó a Sheinbaum el problema, sino también la frustración ciudadana.

Pero donde el conflicto se vuelve más fino, más estructural, más peligroso, es en el Congreso. Las iniciativas impulsadas por el gobierno para otorgar control estratégico en materia de seguridad e inteligencia a la Secretaría de Seguridad, encabezada por Omar García Harfuch, han desatado una batalla silenciosa, pero profunda.

El Ejército, hasta ahora dominante en el diseño y operación de la seguridad pública, no está dispuesto a ceder ese control sin condiciones. Las resistencias no son explícitas, pero sí constantes: notas filtradas, reuniones postergadas, dictámenes congelados. La tensión se siente. Y el mensaje es claro: hay poderes que no reconocen aún a la nueva conformación política del gobierno federal.

Pero más allá de los cuarteles, el otro frente está en San Lázaro y en el Senado. Porque el bloque legislativo de Morena empieza a mostrar señales de fragmen-



tación. La mayoría numérica existe, pero la lealtad política es otra cosa.

Los sectores más obradoristas —particularmente en la bancada más radical— no respaldan sin reservas a Sheinbaum ni a su equipo más cercano. Harfuch, pese a su experiencia, presencia mediática y buenos resultados, no es un símbolo de la izquierda histórica, y eso incomoda a muchos sectores. Hay senadores que se ausentan, diputados que condicionan, y líderes locales que callan, pero no alinean.

Sheinbaum heredó el poder, pero no el control absoluto. El obradorismo duro aún se siente en campaña, como si no aceptara del todo que el liderazgo ya cambió. Quieren continuidad, sí, pero bajo sus reglas. Bajo su ritmo. Bajo su estilo.

La presidenta, que ofreció gobernar con estabilidad, se enfrenta a un fenómeno más sutil: la fragmentación de su propia coalición. Gobernadores que obedecen, pero no se involucran. Aliados que aplauden, pero no militan. Militantes que marchan, pero no con su nombre.

No se trata de una crisis de gobernabilidad. Pero sí de una crisis de conducción. Gobernar con mayoría no siempre significa gobernar con cohesión.

Y en un país acostumbrado a que el poder presidencial marque todas las líneas, una presidenta que todavía negocia con su propio bando transmite más vulnerabilidad que firmeza.

No se trata de una crisis de gobernabilidad. Pero sí de una crisis de conducción. Gobernar con mayoría no siempre significa gobernar con cohesión.

Y en un país acostumbrado a que el poder presidencial marque todas las líneas, una presidenta que todavía negocia con su propio bando transmite más vulnerabilidad que firmeza.

La verdadera tormenta —la más persistente, la más difícil de maniobrar— llegó desde dentro. Claudia Sheinbaum ya acumula más de medio año en la presidencia, y aunque logró sortear los primeros embates externos, ahora enfrenta una secuencia de conflictos internos que no solo desgastan su imagen, sino que tensionan el proyecto de continuidad que prometió encabezar.